



Domicilio y Viaje. Visitas a la alteridad

Sergio González Rodríguez. Antropólogo y Psicólogo Social. Académico Universidad de Chile y Universidad de Santiago.

Introducción: Sobre un Sesgo de las Ciencias Sociales

Uno de los aspectos que asombra y que también puede considerarse contraproducente se refiere a la importancia casi exclusiva que las llamadas Ciencias Humanas o Ciencias Sociales han dedicado desde siempre a lo exótico, lo extraño y anormal, es decir, a todo lo que escapa de las continuidades y de la linealidad social y cultural. Tal vez, el interés no explicitado, es como controlar y volver escrutables lo que no escurre por cauces normativizados. Es así, que la Psicología en casi toda su producción se dirige en la práctica a la enfermedad mental y a la conducta desadaptativa o anormal; la Antropología se vuelca a las mal llamadas culturas primitivas, a las sociedades ágrafas. La Sociología, por su parte, ha dado cuenta de las razones de la anomia y la desviación con mayor encono y detalle que las lógicas del comportamiento estabilizado. Sin pretender, que no exista legitimidad, en estas intenciones, aparece oculto o no lo suficientemente demostrado el mundo de lo habitual, el devenir cercano al individuo. El acontecer específico en que se reproduce la vida concreta de la gran mayoría de personas. Sabemos que esta puede ser una generalización que no toma en cuenta una serie de importantes excepciones, pero la intención es destacar lo que aparece dominante en los discursos sobre la dinámica social y no en las periferias epistemológicas.

Las Ciencias Sociales, como parte de la racionalidad de Occidente, dirigida a intervenir instrumentalmente la realidad y a fijar las claves de la objetividad social ha privilegiado con intenciones ideológicas muy precisas los temas de la homogeneidad social, de la homeostasis de los colectivos. La pretensión ha sido instaurar discursos basados en las finalidades compartidas y hegemónicas en el todo social. El Marxismo, como "teoría del conflicto", también en sus argumentaciones cede a las pretensiones de finalidades últimas homogéneas e intrínsecas en la reproducción de "lo social". De allí que sea tan importante "lo que rompe", lo anómico, el alejamiento de lo constituido porque debe ser reformado para volver a conducirlo por los andariveles institucionalizados. Lo desviado es interesante en la medida que es corregible, readaptable, reacomodable. En esta constante se han centrado las preocupaciones centrales y los mayores esfuerzos invertidos.

Una diferencia en esta tradición la marcan autores como Agnes Heller, Erving Goffman, Berger y Luckmann, entre otros, que en las décadas de los cincuenta y sesenta abren los estudios sociales a una nueva dimensión de interés para la investigación y el conocimiento: los contenidos de la cotidianidad.

Desde entonces hasta hoy, el tratamiento de la cotidianidad se hace definitivamente necesario y pertinente a las Ciencias Sociales. Pareciera que ha sido una ausencia demasiado prolongada, y de allí el gran interés de las reflexiones sobre la cotidianidad que aporta, en nuestro medio, el profesor Humberto Giannini en sus libros *La Experiencia Moral* (1992) y *La Reflexión Cotidiana* (1987). Desarrollos que quisiéramos utilizar como punto de partida de nuestro planeamiento.

La cotidianidad es el reino de las continuidades, de las rutinas institucionalizadas, de los contenidos que aportan comprensión a las biografías de las personas y de los agregados sociales. La cotidianidad permite comprender los temas del funcionamiento social en las tramas concretas, en las especificidades por las cuales todos atravesamos con mayor o menor consistencia. La cotidianidad remite al principio de la sociabilidad, del establecimiento de vínculos útiles y reafirmadores de la vida social. Nos ubiquemos en una posición interaccionista o cognoscitivista, la cotidianidad es resultado de un sub-texto, de tramas de significados o de redes y relaciones que constituyen mapas o geografías que explican lo visible, la conducta social.



Cotidianidad Domiciliada

La cotidianidad es el reino de la "experiencia común", la gramática encadenante de significaciones en que se inscriben los hechos, actos y conductas que nos impelen y exigen cumplir nuestra cultura para que reproduzcamos el sentido de lo social. La cotidianidad es el orden ante todo, es decir, "lo que sucede todos los días, y justamente cuando no pasa nada" (Giannini,1992:14).

Estamos ante el curso de la vida, de lo esperado, de lo predecible, lo que pasa todos los días sin transgresión, de allí tal vez, lo que anotamos anteriormente, en el sentido, que no ha sido atendido o tratado por los pensadores o científicos sociales con un afán constante.

Lo societal se desenvuelve en sus rutinas diarias de manera lógica, rónica, casi por la magia de un libreto implícito, aprendido de manera mecánica por los actores que reproducen sus guiones de manera armónica. La cotidianidad funciona en la medida que reproduzcamos este consenso tácito que nos asegura confiabilidad acerca del comportamiento propio y del prójimo, en lo ético y en la eficacia social, en el entendido que los actos necesarios serán ejecutados como está acordado y contemplado para reforzar la funcionalidad de lo sistemas.

El domicilio, entonces, como concepto propio de la cotidianidad, es la posibilidad de recuerdo en esta circularidad sistémica, de remembranza acerca de lo que soy y lo que de mí se espera. "El movimiento cotidiano es reflexivo simplemente por este regreso al punto de partida" (op cit, p.16). Al domiciliarme estoy de regreso a mí, a la realidad más propia. Así el domicilio se debe entender en relación a las enajenaciones que impone el mundo del trabajo, entendiéndolo como un tiempo para otros; y a la calle, como el lugar de la disgregación (bendita o maldita), "el mundo de todos o de nadie", desde donde inexorablemente deberemos volver a un tiempo de disponibilidad para sí, para uno mismo.

Al domiciliarme estoy en mi espacio simbólico y psíquico, en mi entorno más propio, en el refugio que me permite recargar fuerzas y prepararme para un nuevo ciclo de acción, que puede ser trabajo, vida social o acción vital.

La vida cotidiana por su misma forma y contenido tiene a la vuelta de la esquina un callejón sin salida: su degradación, su pobreza expresada en rutinas, en aburrimiento, en reiteraciones, en la pérdida de energías o desgano, todas formas psicológicas que constituyen la experiencia de la desolación, de lo desierto. Surge lo no habitado por el deseo, por las ganas, por los motivos, por las fuerzas para vivir protagonicamente. Este desierto pasa por la sensación y el sentimiento de no habitarse, de no contenerse, de estar sin expresiones propias y de encontrarnos ante "el abismo del pasado, el abismo del futuro" (op cit. p.30).

La identidad de esta manera deviene en rutina, en un relato que se reitera consumiéndose. La identidad se refuerza pero se anquilosa en lo que sigue sucediendo como si no le pasara a nadie, mientras se espera que pase lo que debe pasar y que seguirá pasando siempre. El momento presente es la encrucijada frente al abismo del pasado y el abismo del futuro.

La salida es la transgresión, el quiebre de la rutina. El reinvento del domicilio o de su fenomenología. El domicilio recreado como situación de re-encuentro del sí mismo para poder vivirse desde las fuerzas re-alimentadas, para poder volver a proyectarse sobre la vida y estar nuevamente "arrojado al mundo".

¿Cómo renovar el ser? Cómo salir de la circularidad de lo idéntico. Cómo entrar en el tiempo cualitativo, aquel que señala Giannini como "justamente aquel que es digno de ser contado (narrado) y no sólo contabilizado" (op cit. p.35).

Es aquí que nos aparece necesario echar mano de algo que ha existido siempre, una pequeña ventana que se vuelve a abrir: el re-encantamiento del viaje, o, recuperación del sentido genuino de lo que fue el viaje y que debemos recobrar entre los escombros de su cosificación. El viaje es el intento por instaurar el lenguaje poético ante el imperio de la prosa que nos circunscribe en las rutinas uniformes.



El Viaje como Quiebre de la Rutina

El rito es el viaje. Se constituye como un quiebre de la cotidianidad, una salida del domicilio que presupone algún nivel de pérdida encantada de la seguridad. La aventura está en la distancia que se genera con la mismidad, en la lejanía que construimos al tener que definirnos en un nuevo/distinto contexto.

El viaje nunca se realiza a lo totalmente desconocido. El paisaje, el idioma, las costumbres, pueden ser extrañas, pero se ha prefigurado lo que queremos y podemos encontrar, del mismo modo, que tenemos dibujado, lo que queremos dejar atrás, o lo que queremos reinventar en nuestra vivencia y relación con el viaje. En este sentido el viaje es una metáfora del deseo. El deseo se construye desde la carencia. El viaje tiene de este modo sentido en sí: en viaje, viajando nos podremos reencontrar con lo que no conocemos de nosotros mismos. El paisaje, de este modo, es reconquistado, lo concebimos en nuestras cadenas de significados. El paisaje -natural, social y humano- no es neutro. Es definido a partir de nuestros equipajes.

Miramos y entregamos significados desde nuestro devenir. Incluso para el cambio de contenidos la clave está en nuestras elaboraciones como una posibilidad cierta. Todas las ensoñaciones que podemos inscribir en el viaje: conquistar, conocer, proyectar, subjetivar, apropiarnos, vivirnos, vivir a otros, impresionarnos, decepcionarnos, encierran la atracción de la aventura, de lo incógnito. La posibilidad de perder parte de la seguridad de nuestros pies puestos firmemente en tierra como nos ha socializado la modernidad.

Entre los efectos producidos encontramos el romper, trizar la rutina, para dar espacio a la exploración. A una gramática del azar, de lo no totalmente previsible.

En consonancia y como una disgregación, concebimos la idea del turismo-aventura en boga hoy en día, como una manifestación cosificada, un remedo para recuperar esta dimensión que el turismo enajenó del viaje, al propender y buscar que el turista viaje totalmente seguro, resguardado, podríamos decir abusando del concepto, "domiciliado", sin dar lugar a las sorpresas. Para quitar lo desagradable de los acontecimientos que pueden acaecer al turista en un espacio que no es el propio y brindarle su encapsulamiento (hoteles - programas todo pagado - recreación incluida, etc.) se le borró también la posibilidad de las novedades, los imprevistos agradables o esperables. Se le quitó el azar y la novedad de la exploración en aras de la seguridad y el control total.

El Sentido del Viaje

La perspectiva domiciliaria no debería ser entendida de una manera estática, fija, sino que como plantea su autor, es un regreso, una vuelta a sí mismo, un espacio (sin territorio necesariamente) de subjetividad, de re-flexión para sí, por tanto, la persona domiciliada es aquella que se ve en su propia intimidad. En concordancia con lo anterior, el viaje como metáfora puede ser una forma de domicilio, una experiencia grata de re-flexión, de acogimiento en la verdad que me trasunta.

El viaje es un rompimiento de la monotonía cotidiana, del paisaje común, de las tareas reiterativas. El viaje es una invitación al asombro, al redescubrimiento de sí mismo en contextos que nos digitalizan de manera sorpresiva. El viaje podría ser así una transgresión, pero también puede ser en esta misma línea, la fuente de energías, de contenidos para transformar la cotidianidad pasando de la rutina desgastadora al rito. Así afirmamos que el viaje debe ser entendido como rito. Aquí realizaremos una distinción conceptual entre rito y ritual que surge desde la Antropología.

El ritual es la reiteración de aquellos actos que por la fuerza de la costumbre se erosionan inevitablemente. Sus orígenes están en el rito fundante, en la fuerza del acto social cargado de intencionalidad y emoción. En este sentido, el rito es prístino, iniciático, marca una impronta en las cadenas de conductas de nuestra cotidianidad. Los rituales, en cambio, son la reproducción, muchas veces mecánicas, de estos actos fundantes. La rutina es la reiteración del acto en clave de significante sin significado.



La diferencia entre rito y ritual estará determinada por el nivel de compromiso, de conexión, de los sujetos-actores de los actos sociales. El vínculo representado en intensidad y extensión que supera la línea de la cotidianidad fundará el rito.

El Viaje como Rito

El viaje debe entenderse en su esencia como rito, como asombro, novedad y sintonía. Su carga afectiva o emocional es fuerte y determinante de su sentido. El viaje rompe la rutina, alimenta la cotidianidad. El viaje cuando está acompañado del deseo, de las ansias, es siempre aventura, aunque vayamos a la casa de fin de semana en la costa. El viaje nos entrega el desasosiego que nos ayuda a reencontrarnos y a renovarnos. Eso, el viaje es renovación y sólo puede ser entendido como rito, como imagen y semejanza de un sentido pristino sin mácula que se pretende recuperar.

El viaje es domicilio, en la posibilidad que nos da de reencuentro, de regreso a sí mismo. La transhumancia del pastor de cabras que cruza la cordillera a las veranadas argentinas con sus piños, por meses cada año -en la Tercera y Cuarta Regiones de nuestro país-, se puede entender como un nomadismo temporal que constituye una forma distinta de domiciliarse. Para ese hombre este trayecto y este tiempo son tremendamente personales, y dormir cada noche en sus campamentos con las estrellas por techo, romanticismo aparte, es una opción de vida, por lo cual en cada temporada ese pastor regresa a las quebradas, a las vegas, al paisaje en que encuentra, temporalmente, no sólo pastos para su cabras, sino que su domicilio, su propio lugar.

El viaje tiene sentido para aquel que no está conforme con el sedentarismo, con la estática de la rutina. El viaje es la gran posibilidad, la gran verdad o la gran mentira necesarias y edificantes para seguir viviendo. El viaje, no obstante, no es sólo nomadismo, es más bien ansiedad de partidas, así tenemos a personas que viajan sin moverse de su domicilio, anclados a un mismo espacio, como aquellos que tienen impedimentos físicos o económicos para hacerlo concretamente. Viajeros que se transportan imaginariamente y conocen ciudades a través de libros, de imágenes que han investigado de manera incansable para "conocer" esa vida del ser querido que vive en tal ciudad o lugar, o, aquellos que sueñan los paisajes y rincones que ansían escudriñar.

El contenido del viaje está más allá del desplazamiento físico, es una actitud, un deseo que se transforma en un imaginario lleno de experiencias que sólo la subjetividad objetiva.

El Viaje Nuestro de Cada Día

Hasta aquí hemos hablado del viaje como rito, como experiencia fundamental, pero también, y tal vez de forma más común, nos encontramos con el viaje como linealidad, como obligación o permanencia rutinaria. Estamos en el terreno de los viajes que realizamos cada día en el Metro, en nuestro auto, en un microbús o caminando. O, están los viajes del "vendedor viajero", del piloto y la asistente de vuelo, los viajes de los hombres y mujeres de negocios o de los funcionarios internacionales. Aquí deberíamos hablar de desplazamientos, traslados, en el lenguaje propio de los ingenieros de transporte -que en este caso es sumamente adecuado-, para ellos todos los viajes son sólo conexiones origen-destino que habría que maximizar en su relación costo-beneficio. Estamos ante un tono afectivo plano para enfrentar esta parte importante de la rutina diaria de la gran mayoría de las personas que penosamente se desplazan en las grandes urbes con todos los problemas que ellas experimentan. En este sentido, al igual que en el caso del hombre de negocios que realiza su trabajo en un hotel aséptico, en oficinas similares a las de su lugar de origen, no pueden constatar quiebres de cotidianidad, al menos que la propia voluntad de manera manifiesta así se lo proponga.

En estos casos hablamos de viajes como rituales, como movimientos sin compromiso de la subjetividad salvo los afanes propios de la actividad que ha generado el desplazamiento.

Una diferencia central entre el viaje como rito y como ritual en la vida moderna lo marca el principio de optimización del viaje. Para quien va en viaje de negocios, y esté es sólo un desplazamiento, un movimiento no



deseado, el acortar el tiempo, utilizarlo funcionalmente es una optimización necesaria, porque el viaje es un paréntesis que discontinúa su ajetreo en un tiempo inútil y perdido. Pero en el viaje como rito disfrutarlo es fundamental, viajar precisará tener disponibles las mejores condiciones placenteras para este tiempo suspendido e invertido de manera específica y distinta a las formas habituales. Partimos de la base que la persona está domiciliada en el propio viaje.

Pongamos un ejemplo, si se debe viajar a Puerto Montt desde Santiago y la prioridad es cumplir con el objetivo específico de realizar la gestión de trabajo que se ha encomendado en el menor tiempo posible, lo más adecuado será realizar el viaje en avión, invirtiendo la menor cantidad de tiempo posible y regresando en el avión disponible más cercano al cumplimiento de la misión. Si no cuento con el dinero para el ticket de avión preferiré el autobús, aunque sienta la inseguridad de viajar toda la noche por una carretera teniendo presente la catastrófica estadística de accidentes. En ambos casos estoy ante situaciones de maximización unilateral, de optimizar sólo en un sentido. En cambio, si queremos disfrutar del viaje, realizarlo como parte de un tiempo que además del trabajo sea de goce personal, en las mejores condiciones de disponibilidad, tendremos que optar por el tren (de existir), con el claro inconveniente de la variable tiempo empleado. En compensación tendremos la calidez que nos brinda un coche dormitorio, un coche-comedor para compartir una botella de vino con amigos mientras atravesamos el Viaducto del Malleco, espacio libre, seguridad, apreciar las estaciones de las ciudades donde el tren se detiene, entre otras condiciones. Pero el precio es la renuncia a las urgencias, a los tiempos cuantitativos de la modernidad. En esta contabilidad el factor tiempo está en el debe.

Por tanto nuestra opción es entender el viaje como rito, es decir, como un fin y no sólo como un medio. Así, viajar es querer eternizar los momentos de asombro, porque hay que viajar para no viajar (Jorge Tellier).

El Viaje como Domicilio

El viaje debe verse como un fin también en sí mismo, como un aspecto constitutivo de nuestra calidad de vida. Calidad de viaje implicaría en este sentido aportar condiciones para disfrutarlo, para hacerlo amigable no sólo a través de la reducción de los tiempos invertidos en él y en la política de tarifas.

Hoy los desplazamientos rápidos significan mayor número de accidentes e inseguridad en las carreteras. Me atrevería a decir que la calidad del viaje, su mejoramiento implica aportar para que el viaje esté domiciliado. Viajar en condiciones que podamos sentir el no abandono total del útero, del regreso a sí mismo. El viaje puede ser un acto de reflexión si se generan las condiciones para que así suceda.

"El domicilio, en virtud de su función de centro re-flexivo, es la clave insustituible que me permite aventurarme más allá, hacia lo desconocido, lo nuevo, lo imaginario, lo extraño, lo inquietante...hacia lo Otro, para reencontrar luego, "la realidad" y reintegrarme a ella. Dicho platónicamente: a condición de no olvidar jamás el secreto del retorno" (Giannini, 1992:18)

La Antropología como Viaje

La etnografía sin el viaje no se entendería y no hubiera sido posible como disciplina. La etnografía, y por ende, la Antropología es un viaje a la alteridad, la invitación a realizar una narración sistemática de los productos del viaje intencionado, no solamente entendiéndolo como traslado o visita, del tipo, pasaba por aquí. Estos productos son fruto de la comprensión de otra gramática, de la construcción interpretativa como análisis de segundo orden realizado en soledad o colectivamente por un equipo de terreno.

Hoy en día, en cambio, la Antropología del Anclaje resulta inevitable, tanto como difícil de acostumbrarse a ella. En el anclaje de la Antropología actual nos parece presente una suerte de traición acometida en la noche del sedentarismo oportunista que lesiona la propuesta inicial. Aquella de la Antropología como viaje al diferente, al que expresa fenomenicamente las diversas formas de vivirse el ser humano.



Una Antropología domiciliada, nos parece en algún sentido, la descomposición producida por un término de contrato. La modernidad al extenderse de forma avasalladora ha domesticado las fronteras culturales, domiciliando a la Antropología inexorablemente. En verdad, no había otra posibilidad, era el fin irreductible que sólo se podía postergar en el tiempo pero cuyo plazo es inevitable. Las fronteras de la cultura hoy se inscriben en otras dimensiones. No sólo la Antropología se preocupa de ellas. La Otredad se coloniza con las nuevas dimensiones de la Globalización.

El Viaje como Semiología

Una de las cosas que sorprende es la pregunta que, a pesar de esta realidad, ha sido dominante en la Antropología. Nos referimos al recreado interés que sigue dando origen a una extensa Antropología de la Identidad. Esta preocupación por la identidad, viene del interés por la homologación y la homogeneidad que ha ocultado bajo penumbras los relieves de una Antropología de la Alteridad en nuestras realidades complejas.

Al revisar la historia de la Antropología en clave de etnógrafos y etnólogos nos encontramos una amplia sistematización de la Otredad. Fueron intenciones genuinas y llenas de vitalidad, a pesar de los sospechosos marcos políticos e institucionales de la mayoría de los esfuerzos que se emprendieron. No obstante, han cambiado drásticamente las condicionantes del quehacer de la disciplina y los afanes adaptativos a las nuevas realidades son profundos y diversos.

Mantener el sentido identitario de la disciplina y del oficio dan relevancia a los nuevos aportes. En el interés por la Alteridad, la Otredad, existen elementos epistemológicos que aglutinan a este campo del conocimiento cuyo sentido se entiende a partir del desprendimiento. Específicamente desde el relativismo cultural.

Es así que la Antropología es en esencia una disciplina donde la invitación a visitar la alteridad no puede ser soslayada. Incluso la de los márgenes de nuestras fronteras, de nuestros recintos e institucionalidades de sociedades complejas. El viaje es la metáfora del que se aleja de sus territorios, de sus certezas, de sus pertenencias -simbólicas o materiales- para remontarse, para dejarse llevar, buscando asimilar lo que se quiere traducir y, aproximar de este modo, lo que aún permanece en lejanías -cognitivas o físicas- para develarlo, finalmente. Sin traspaso de los propios territorios todo esto no es posible. Sin lejanías no se construyen proximidades.

En la Antropología existe la preocupación de ordenar los símbolos, los significados de las alteridades, y ahora el objeto se desplaza a nuestros otros cercanos. En este sentido, la metáfora del viaje es semiológica. El viaje es un desprendimiento para constituirse en la realidad de otros generando intentos de re-ordenamiento de la alteridad. La cual ya no significa ajenidad, porque los mundos simbólicos nos cruzan y se nos vuelven transversales. Esto no es fácil, ya que estos ordenamientos nacen de la búsqueda de reconstruir nuestras certezas. De reorganizar nuestras fronteras interiores.

Ante la muerte de la gran época del viaje, entendido como exploración y, su recambio por el turismo, gran parte de la aventura y su sabor se pueden rescatar sucedáneamente en la exploración de los mundos que han estado invisibilizados en nuestras propias fronteras. El mundo de nuestras alteridades, de nuestros fragmentos, nuestros prójimos desconocidos nos llevan a la metáfora del viaje en "lo relacional".

El Viaje como Metáfora Relacional

El viaje por nuestras comunidades de distintos. Por los segmentos sociales y culturales que genera paradójicamente el gran proceso de Globalización es una posibilidad abierta. Hoy nuestras comunidades se constituyen en grupos tribales que reafirman señas de identidad diferenciadoras y autoreferidas. Estas nuevas tribus constituidas en nuevos micro-discursos, gestos culturales, posicionamientos éticos, entre otros contenidos, se ofertan para ser visitadas. El viaje es entonces una metáfora relacional, una instancia de mediación para producir acercamientos basados en el entendimiento y, cómo no, en los nuevos procesos de colonización de choque y de desencuentro contemporáneo.



El viaje, en este sentido, es un recorrido fundamentalmente simbólico, un vaciamiento hacia el otro en la medida de lo posible. Un desanclaje para recrear la mirada del conocimiento. La construcción de lo mediacional como forma de crear proximidades.

A Modo de Curiosidad

Anecdóticamente observamos la paradójica apreciación del destacado antropólogo Claude Lévi-Strauss ante los avatares del viaje, a pesar de que sin ellos no hubiera habido trabajo de terreno:

"Odio los viajes y los exploradores. Y he aquí que me dispongo a relatar mis expediciones. Pero, ¡cuánto tiempo para decidirme!...Hace quince años que dejé el Brasil por última vez, y desde entonces muchas veces me propuse comenzar este libro; una especie de vergüenza y aversión siempre me lo impedía. Y bien, ¿hay que narrar minuciosamente tantos detalles insípidos, tantos acontecimientos insignificantes? La aventura no cabe en la profesión del etnógrafo; no es más que una carga; entorpece el trabajo eficaz con el peso de las semanas o de los meses perdidos en el camino; horas ociosas mientras el informante se escabulle; hambre, fatiga y hasta enfermedad; y siempre esas mil tareas ingratas que van consumiendo los días inútilmente y reducen la peligrosa vida en el corazón de la selva virgen a una imitación del servicio militar..."

No confiere ningún galardón el que se necesiten tantos esfuerzos y vanos dispendios para alcanzar el objeto de nuestros estudios, sino que ello constituye, más bien, el aspecto negativo de nuestro oficio. Las verdades que tan lejos vamos a buscar solo tienen valor cuando se las despoja de esta ganga. Ciertamente se pueden consagrar seis meses de viaje, de privaciones y de insoportable hastío para recoger un mito inédito, una nueva regla de matrimonio, una lista completa de nombres clínicos, tarea que insumirá solamente algunos días, y, a veces, algunas horas..." (Tristes Trópicos, p.3).

Estas observaciones no pueden quitar un ápice de mérito al gran antropólogo que las formuló, pero su enamoramiento, en exclusivo, por el domicilio resulta sorprendente en la relación identitaria del oficio que eligió.

No obstante, el viaje puede ser visto también como la metáfora propia del descubrimiento, del develamiento científico, camino de aventura a lo desconocido, a lo que es necesario conquistar. En el conocimiento científico, en su generación aparece inevitable su papel central. Sin viaje no hay hallazgos. Darwin así lo reconoce y lo proclamó sin reservas:

"El viaje del Beagle ha sido con mucho el acontecimiento más importante de mi vida, y ha determinado toda mi carrera...Siempre he creído que le debo a la travesía la primera instrucción o educación real de mi mente; me vi obligado a prestar atención a diversas ramas de la historia natural, y gracias a eso perfeccioné mi capacidad de observación, aunque siempre había estado bastante desarrollada...Todo lo que pensaba o leía se refería directamente a lo que había visto o pudiera ver, y este hábito mental fue continuo durante los cinco años de viaje. Estoy seguro de que este ejercicio es lo que me ha permitido hacer todo lo que yo haya hecho en la ciencia" (Autobiografía. pps.42-43).

En la Despedida

Hemos querido traer a consideración este tema que se constituyó en una de las estrategias de la modernidad para ampliar sus dominios. Hoy en otra fase de ella, el Viaje, es una nueva posibilidad de construcción de sentido a través de nuestras discontinuidades, de nuestras geografías fragmentadas. Los mapas cognitivos de la realidad cercana y las fronteras conocidas precisan de nuevas exploraciones. Hay que estar prestos para el llamado.

La Antropología la vemos como una metáfora del viaje, desde esta percepción, creemos que ese es su destino, o al menos ese ha sido hasta ahora. Nuestra intención es que no renuncie a este deber ser. Así nos aseguramos la vigencia de una fuente de encantamiento para un oficio que se mantiene irreductible. Concebimos el viaje como un



ícono central de la Modernidad, de aquella que nos parece amable y que seguirá entendiendo el viajar como un querer eternizar los momentos de asombro.

Referencias Bibliográficas

Darwin, Charles. Autobiografía. Alianza Editorial. Madrid. 1993.

Giannini, Humberto. 1992. "La Experiencia Moral". Ed. Universitaria. Primera edición. Santiago.

Giannini, Humberto. 1987. "La Reflexión Cotidiana: hacia una Arqueología de la experiencia". Ed. Universitaria. Cuarta edición. 1995. Santiago.

Lévi-Strauss, Claude. 1973. "Tristes Trópicos". EUDEBA. Bs.Aires.

Teillier, Jorge. 1978. "Para un pueblo fantasma". Edcs. Universitarias de Valparaíso. Santiago.